

# DIEGO

## Y EL MUNDIAL DE LOS MILITARES

(del mundial 78 al mundial 86)



*“Los que queríamos la pelota estábamos de un lado,  
y los que querían la plata estaban del otro”.*

Maradona



*Hubo un acontecimiento que marcaría para Diego Maradona el inicio de una parábola simbólica en su rauda y brillante carrera de jugador profesional que, por esos giros del destino, encontraría su derrotero final con la consagración definitiva de su genio –y figura– en el Mundial '86.*

*Nos referimos al hecho de que Diego pierde la oportunidad de estar en el Mundial '78 porque Menotti (el DT de la Selección Argentina de aquel momento) no quiso que jugara por ser aún “demasiado chico”.*



**P**ara muchos cronistas argentinos el mundial '78 quedó “manchado de sangre”. Y quién sabe. Tal vez fuera esta misma expresión la que utilizó Diego -inconscientemente- para componer la suya, la que hizo famosa por trascender la ética del jugador y el sentido de que la pelota -bajo ninguna condición- debe “mancharse”. Y menos mancharse con sangre. ¡Y mucho menos aún con la sangre de chicos inocentes! Los chicos que deberían estar jugando en el potrero y no luchando en una guerra infame, tratando de defender una bandera que no tuvieron el valor de defender los adultos, preparados para esa acción bélica. Chicos que, por cierto, deberían estar

sucios de barro, como la pelota; y no manchados de sangre como quedó al final la bandera, el honor y el corazón de todos los argentinos.

Por eso decimos, quién sabe. Tal vez lo que lo salvó a Dieguito de estar en la palestra de ese mundial, tan célebre y controvertido -por un lado, tan profundamente deseado por él, y por otro, tan trágicamente oscuro para el pueblo argentino-, no haya sido la mano de Menotti sino, justamente, “la de Dios”.



## Argentina, y la guerra (deportiva) contra los ingleses

Diego –según él mismo lo expresara- nunca le perdonará a Menotti haberse perdido su primer Mundial de fútbol. Pero esa misma situación y a causa de esas mismas vueltas con las que a veces suele presentarse el destino, fue la que paradójicamente lo libró de la responsabilidad de tener que participar de aquel Mundial, tan criticado luego por haber sido parte del “pan y circo”, como se llamó al gobierno de la dictadura.

Por aquella época los militares se hallaban en su apogeo de persecución y muerte, y Diego, gracias al director técnico, el que le hizo el nudo de la corbata -porque él todavía no sabía hacérselo-, no tuvo que enfrentarse con los jefes militares en el campo de juego y saludarlos con un apretón de manos, como sí tuvieron que hacerlo antes de comenzar el partido, los jugadores de la Selección (a excepción del “Pato” Fillol, el arquero del equipo, quien se negó rotundamente); pues la pelota -ya en aquel entonces y como dijera luego el propio Diego, y como seguramente todo el mundo debía saberlo-, ya estaba *manchada*. ¡Pero manchada de sangre!



En el 79 Diego la rompe en el Mundial de Japón, y se consagra campeón con la Selección Juvenil. Tres años después, en el Mundial '82, mientras Diego tiene la oportunidad de lucirse con la Selección Mayor, aunque según algunos no con demasiado brillo, el país vive uno de

los peores momentos de su historia. Mientras el sistema de gobierno militar dominante en la década de los '70 llegaba por fin a su ocaso, con la tristemente fallida guerra de las Malvinas, Diego vivía en España la excitación de jugar su primer Mundial con la Selección Mayor.

En abril de 1982, la Argentina vive su peor momento cuando se embarca en una guerra infame y absurda en la que todos salimos vencidos y perdiendo. Y no precisamente por la falta de preparación profesional de los soldados que mandaron cobardemente al frente, en lugar de ir ellos mismos (aunque muchos de esos conscriptos todavía eran niños que no sabían atarse –no la corbata, como le pasó a Dieguito- sino los cordones de sus propios borcegués), sino realmente por la misma imposibilidad de afrontarla. El jefe mayor del ejército, Leopoldo Fortunato Galtieri, tuvo la soberbia -y la so-ebria- decisión política de hacerle frente nada menos que a una de las potencias bélicas más grandes del mundo como es Gran Bretaña, abrigando con ello la pérfida idea de salvarse políticamente, y evitar así el inminente advenimiento de la democracia.

Todos saben que los verdaderos héroes de aquel conflicto bélico irracional no fueron los militares de los altos mandos, sino los jóvenes conscriptos que hacían el servicio militar y enviaron al campo de batalla luchando, casi sin armas, sin comida, sin preparación y con muy escasos recursos para defender como verdaderos adultos la soberanía nacional. Los oficiales de alto rango, en cambio, los que sí estaban adiestrados y tenían preparación especial para servir a la patria, eran los que mandaban al frente a los soldados inexpertos, exigiendo de ellos la misma templanza, honor y valentía que brillaba en las insignias de sus enormes galones, pero sólo por su ausencia, claro está. Una de las cosas que más conmoción causó en la gente fue el hecho de que los jefes y comandantes usaran como carne de cañón a chicos y adolescentes que, en su gran mayoría, no deberían superar la edad que tenían sus propios hijos, sin importarles que pudieran ser sus propios hijos. Era de esperar que de aquellos valerosos militares no quedara tras el conflicto ni uno sólo del que pudiéramos sentirnos orgullosos, principalmente por su patética, inoperante y mentirosa actuación en el bien llamado “teatro” de operaciones.



En el 83 llegó el fin de la hegemonía de los militares en nuestro país, produciéndose el consecuente retorno a la democracia. El pueblo argentino volvió a sentir la esperanza de poder convertirse finalmente en un país pacífico, adulto y civilizado. Y para el 86 los argentinos soñábamos con tener un héroe de verdad, y el Mundial de fútbol fue la oportunidad que teníamos de hacerlo realidad.

Verdaderamente el pueblo quería y necesitaba encumbrar a alguien que pudiera ser amado y respetado, al mismo tiempo por sus logros y virtudes y que, sin salir del ámbito militar, pudiera igualmente encarnar esa investidura oficial, dentro de la cancha, defender los colores patrios y representar en el mundo al pueblo argentino. Y allí fue cuando entró en juego Diego, que por los extraordinarios dotes que venía exhibiendo hasta entonces encajaba maravillosamente bien en ese lugar para ese papel (y más después de haber salido Campeón en el '79 en Japón). Por eso, con la



llegada del Mundial de México, llegó también la oportunidad de que los argentinos pudiéramos olvidarnos de la humillación sufrida durante la guerra, y entronizar, por fin, un héroe de verdad, aunque no encontrara más asidero para nuestra satisfacción personal que en el simbólico ámbito deportivo.

Entonces la Argentina tuvo al fin su revancha. Y por cierto, volvió a la guerra, pero a la guerra deportiva. Y el partido contra Inglaterra, en las semifinales, fue el que de alguna manera logró reavivar la memoria colectiva y a encender la mecha que detonara el tristemente recordado conflicto de la guerra de Malvinas, vivido 4 años atrás. Fue como si aquella confrontación deportiva hubiera reabierto una vieja herida en el corazón cada uno de los argentinos, pues de verdad que fue así como la vivimos todos: en carne propia.



Cuando antes nos referimos simbólicamente al “ámbito militar”, dentro del campo de juego, entiéndase el término *ámbito* en los dos sentidos de la expresión: como “el que nunca estuvo dentro” y “el que nunca salió”. Es decir, hablamos simbólicamente del “Diego militar”, pero representado por el “Diego civil”. ¿Acaso la banda de “capitán” no es una auténtica *insignia*, y la camiseta, el *uniforme* que lo distingue del contrario?



Vale recordar que muchos de los grandes héroes que ha tenido la Argentina han sido militares, y con seguridad, uno de más grandes de ellos haya sido San Martín (el que lleva el distintivo religioso “San”, de Santo, delante de su nombre, como un recordatorio de la estrecha relación que siempre hubo entre los militares y la religión). El caso contrario que muestra la inversión de estos dos sentidos es el del Che Guevara, que siendo un civil, terminó adoptando las virtudes y el título honorífico de “Comandante”. Por desgracia, durante muchos años, los militares argentinos mancharon con sangre –y no enemiga-, con sangre de los civiles, el uniforme. Pero un buen militar hubiera dicho –claro, pensándolo como una postura romántica y al mejor estilo de Diego-: “Señores; el uniforme no se mancha”.

Uno imagina a los militares de una gran Nación defendiendo a la patria, que es la gente de su pueblo; protegiendo a los que seguramente podrían ser sus padres, sus hijos o sus hermanos, de una agresión externa -pues se supone que para ello están constituidas las fuerzas armadas, para defender la soberanía de una agresión o invasión extranjera-, pero no combatiendo *contra ellos*, contra su propia gente, y por la propia imposibilidad y bajeza de resolver como corresponde, –civilizadamente-, una interna de conflictos políticos, sociales y económicos. Recordemos que el propio San Martín se negó a participar en las luchas civiles; él sólo luchó contra los españoles. Pero sigamos por nuestro camino.

Como decíamos, por aquel entonces, Diego parecía ser el hombre ideal para ponerse a la cabeza de las huestes del equipo albiceleste y demostrarle al mundo que Argentina aún estaba viva y de pie. Y así lo hizo. Se prendió la banda de capitán en el brazo del corazón, y se cargó el equipo al hombro como un héroe -como lo hizo por un tiempo Hércules con el universo-, y casi con el

mismo semblante de un general audaz, lúcido y talentoso que alista a su tropa para enfrentarse al más duro de los combates.



Sabíamos que nuestros jóvenes y valerosos soldados habían caído en el campo de batalla por el aplastante poderío bélico que demostró tener la flota inglesa, especialmente cuando su extraordinaria flota de acorazados llegó a las costas de las Islas Malvinas, pero cuatro años después, y por esas mismas vueltas que decíamos que tiene el destino, los argentinos nos encontrábamos nuevamente en un campo, cara a cara con los ingleses, pero esta vez, el combate era deportivo; aunque, por supuesto, también se jugara a muerte. De allí cobra sentido la clásica expresión de Diego: “Sólo muerto me pueden sacar a mí de la cancha”. Como Cambrone, soldado de Napoleón que después de la derrota en Waterloo, ante el pedido de los ingleses de rendirse y siendo apuntado por sus cañones, dijera al frente de sus –aunque abatidos- erguidos soldados: ¡¡Merdd!! (Como relata magistralmente Víctor Hugo en *Los Miserables*).

Tal vez sea ésta la diferencia simbólica fundamental que siempre existió entre Pele y Maradona, la del espíritu combativo de Diego. Si seguimos enfocados en el cruce de religión y guerra, y si recordamos que uno de los epítetos de Jehová es nada menos que: “El DIOS de los ejércitos”, no es extraño que para él (“el DIOS de los jugadores”), quien se mueve dentro del campo de juego como si se moviera en un campo de batalla, que se comporte como un dios guerrero, que piensa con la estrategia y la argucia de un auténtico militar.

Impensadamente, esta vez era el fútbol el que nos daba la oportunidad de tener la revancha contra los ingleses. Pero en esta guerra simulada, trasladada ahora al concepto deportivo, se hallaba organizada por principios más justos y equitativos que la que antes tuvimos con la verdadera. Ahora era otro el terreno, y otros los combatientes los que estaban literalmente en juego. Nuestros guerreros ya no eran jóvenes temerosos e inexpertos, sino hombres adultos y valientes, forjados especialmente para dar batalla a la contienda deportiva y para aguardar con calma y expectación el nuevo desembarco de su equipo de gladiadores, en nuestra bendita tierra Argentina. los que aguardaban la llegada a nuestra tierra. Bajo ningún punto de vista el pueblo argentino estaba dispuesto a sufrir otra humillación de los ingleses y a entregar otra vez su bandera a quienes la habían arrancado del mástil y elevado sobre un pedazo de nuestro suelo argentino.



En el mundial 86' Diego logró finalmente recuperar la autoestima de los argentinos, elevándola él mismo hacia el cielo albiceleste, con su mano celestial, hasta hacernos sentir que éramos invencibles. El partido con Inglaterra tenía en aquel entonces –y aún hoy la tiene para los que vivimos aquella época de gloria- una significación muy profunda. Los “milicos”, como se le decía aquí a los militares, en su desquiciado modo de ver el mundo, que ellos mismo querían ciegamente construir –destruyéndolo-, de algún modo habían “jugado con los argentinos”, y principalmente, jugado con nuestros conscriptos, con aquellos chicos tímidos e indefensos que

nada sabían de aquel juego bélico atroz que pretendían jugar los grandes, mandando al frente a los más pequeños, enviándolos a la guerra, a una verdadera guerra, despiadada y sin sentido. Y Diego, quien se perdiera de jugar el Mundial '78, por ser entonces “demasiado chico”, comprendía perfectamente el sentido de aquella guerra deportiva, y lo que representaba interiormente para él y para toda esa generación por la profunda identificación que tenía con aquellos “chicos de la guerra”.

Por eso, al igual que el resto de sus gloriosos compañeros, sabía muy bien lo que significaba ese partido y lo que se estaba jugando en esa semifinal. Ahora el pequeño “pelusa”, el llamado pibe “diez”, había crecido y madurado lo suficiente para convertirse en “un hombre”, en el jugador elegido para ser el Capitán de la Selección, y sentir lo que sintieron todos los que vivieron ese momento: que defender los colores patrios de la camiseta tenía una doble significación, y por lo tanto, era dos veces más grande el valor simbólico de aquella pretenciosa victoria. De allí que el equipo argentino, capitaneado por el Diego, enarbolara la bandera albiceleste enfrentando esa nueva batalla con un sentimiento patriótico, único y extraordinario, nunca antes visto.



Porque, como dijimos antes, en ese momento, perder contra Inglaterra –aunque fuera sólo deportivamente- hubiese sido para todos los que habitábamos este bendito suelo una doble humillación. Algo inconcebible para nuestros inolvidables y queridos gladiadores deportivos, al igual que para el resto de los argentinos que vivimos aquella batalla final románticamente, sedientos de revancha y de dulce ilusión.

**Hugo Cuccarese**